

para todos los que tenían la dicha de poder participar de su elevada espiritualidad y compañía.

Como última evocación, repítamos con él sus propios versos:

«Todos caben, Señor, en tu morada.  
¡Abreles la armonía de TU Gloria!  
¡Que llegen con el alma traspasada  
por los filos agudos de la Historia!

Y oigamos, en fin, la alegre esperanza que brota de los mismos labios de Jesús:

«Ven, siervo bueno y fiel: entra en el gozo de tu Señor».

FRANCISCO DE GOMIS.

*Verbo* ha publicado las siguientes colaboraciones de José Antonio GARCÍA DE CORTÁZAR Y SAGARMÍNAGA:

—: Difundir la verdad: Caridad y verdad ... ..	núm. 51	págs. 73	78
—: El mito del punto Omega del P. Teilhard de Chardin ... ..	núm. 71-72	págs. 47-	84
—: Neomarxismo y libertad ... ..	núm. 85-86	págs. 353-	403
—: La Revolución francesa: Antinomia de sus ideas: libertad e igualdad.	núm. 109-110	págs. 997-	1028
—: El conservadurismo y su visión de la historia ... ..	núm. 126-127	págs. 751-	794
—: La dialéctica en el eurocomunismo.	núm. 179-180	págs. 1247-	1268
—: Advertencia sobre el régimen tradicional ... ..	núm. 188	págs. 1031-	1032
—: Reseña bibliográfica del libro SOCIEDAD DE MASAS Y DERECHO, de Juan Vallet de Goytisolo ... ..	núm. 78-79	págs. 885-	897
—: Discurso en la festividad de San Fernando (1970) ... ..	núm. 85-86	págs. 524-	527
—: Discurso en la festividad de San Fernando (1973) ... ..	núm. 117-118	págs. 687-	689
—: Gabriel de Armas y nuestra tarea como amigos de la Ciudad Católica ... ..	núm. 141-142	págs. 51-	56
—: Discurso en la festividad de San Fernando (1980) ... ..	núm. 187	págs. 943-	945

### SEBASTIAN MARINER BIGORRA

A pesar de las experiencias más punzantes que pueden jalonar nuestras vidas, las vivimos como si fuésemos eternos y como si las cosas y personas que nos rodean fuesen a durar para siempre. A

pesar del sentimiento de vacío abismal que producen en nosotros tanto los momentos más angustiosos e inciertos —que en cierto modo son, como pensaba Donoso Cortés, los más seguros, pues agudizan la conciencia de que la tierra no es nuestra verdadera patria— como aquellos en que la opulencia del bienestar levanta el velo de una profunda insatisfacción —no en vano piensa Gustave Thibon que la tierra también puede traicionarnos concediéndonos bienes con una abundancia tal que hace saltar a la vista su vanidad—, pasamos por la vida como quienes están llamados a perdurar e intentamos construir una morada en lo que de suyo solo es un camino.

Sin embargo, de cuando en cuando se producen hechos que nos sacan —aunque sea temporalmente— de nuestro sueño, que nos sacuden el espíritu. La desaparición de los seres queridos, por ejemplo, suele venir acompañada de reflexiones de esta índole, pues el vacío que nos dejan —y que no se puede llenar, pues son, en cuanto que inefables, irremplazables— clama y nos acucia.

Hoy, cuando *Verbo* sufre la pérdida, casi simultánea, de José Antonio García de Cortázar, de Germán Alvarez de Sotomayor y de Sebastián Mariner, no puedo, al escribir con el sentimiento de tan hondo desgarrón, dejar de enlazar el anterior pensamiento con otro sobre la *gran familia* —y bien sabe Dios que no es una afirmación retórica— que constituimos. Sin embargo, no me es fácil escribir sobre nuestro grupo de amigos de *Verbo*. Porque aun siendo verdad que el cariño o la simpatía por las personas pueden cegarnos en cuanto a sus defectos, no es menos cierto que, por el contrario, a veces esa misma cercanía y ese mismo afecto pueden restarnos conciencia de sus virtudes y de la trascendencia de los empeños que protagonizan. Por eso, sin dejarme arrastrar por el primero de los peligros mencionados, quiero en esta ocasión evitar especialmente el segundo.

José Antonio, Germán y Sebastián son los últimos de una lista que, por momentos, va haciéndose larga en exceso. He echado una mirada hacia atrás: Gabriel de Armas, Michele Federico Sciacca, Francisco Elías de Tejada, Jerónimo y María Teresa Cerdá, el padre Eustaquio Guerrero, Julio Garrido, Pepe Gil Moreno de Mora, Carmela Gamba, Eugenio Vegas, el padre Urdániz... Sé que dejo muchos, pero aun así son bastantes. Además de los que, Dios quiera que por muchos años, siguen en el afán. Con tantos y tales amigos, con personalidades tan notables todas, egregias incluso algunas, ¿cómo pasar un solo día sin agradecer a Dios ese gran don de sus amistad? Porque, lo comentaba con Paco Pepe Fernández de la Cigoña no hace mucho, ¿cuántos pasan por el camino de la vida sin encontrar una sola persona de ese temple, con esas experiencias tan ricas,

con esa calidad humana! Y nosotros, en cambio, hemos gozado, no de uno, sino de una legión: hemos disfrutado de su conversación, nos hemos beneficiado de su ejemplo, hemos sido objeto de su bondadoso aprecio.

*Verbo* es una hermosa escuela de amistad en la que día a día se descubre cómo las personalidades más acusadas se dan en las sociedades más trabadas y cultas; cómo el espíritu de equipo no es opuesto al vigor de la personalidad, sino solo al individualismo, al egoísmo o al robinsonismo; cómo la convivencia, lejos de ser enemiga de la autenticidad y originalidad, es una de sus condiciones necesarias.

Sebastián Mariner —“uno de los tres o cuatro mejores latinistas españoles y quizá uno de los diez o doce mejores de Europa” ha sido definido por quien, como Manuel Fernández-Galiano, tiene autoridad para hacerlo— no era un sabio aislado. Ni en su especialidad académica fue ajeno al vivir de la “pequeña comunidad humanística”; ni en su apostolado religioso, político o intelectual fue jamás un guerrillero. En la primera, como auténtico maestro que fue, no rehuyó el servicio y cuando le fue requerido ocupó la presidencia de la Sociedad Española de Lingüística y de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. En el segundo tampoco se hurró a las dificultades y en el momento de su muerte era presidente de la Unión Seglar de Nuestra Señora de la Almudena y del Consejo de Administración de la editora de *Iglesia-Mundo*.

No. Sebastián Mariner no era un solitario del saber, ni su actitud era la del espectador o la del esteta. Traspasado por un entendimiento ético cabal de la misión del hombre sobre la tierra e identificado con el profundo sentido comunitario de la existencia, el *compromiso* con los hombres y las cosas —siempre en una dimensión trascendente— y la vivencia del *corpus mysticum* le salían por los poros, le desbordaban. Por eso precisamente, en su adscripción a un grupo no podía ser sectario, en su amor a España y a su patria catalana no había “chauvinisme”, y en su pertenencia a la Iglesia no podía ser fanático.

A Sebastián Mariner Bigorra —personalidad eminente como latinista, investigador en los ámbitos de la filología y lingüística latinas, de la epigrafía antigua, especialmente hispánica, y de la lingüística general— le recuerdo, en definitiva, como al amigo siempre cortés y servicial, generoso y desprendido, humilde con esa humildad de que solo es capaz el sabio cristiano que vive unido al único Maestro. Pero sin que el temor de dejar de ser amable acabara por quitarle el valor de ser veraz, según la divisa del gran Louis Veuillot. Y sin que el aprecio de la amistad le llevara a esa bene-

volencia tonta que debilita el corazón y falsea el espíritu. Sebastián Mariner tenía un sentido teológico de la amistad, que no se funda en la mera simpatía sino en la conciencia de cuerpo místico, por lo que la verdadera no puede existir sin una concordia fundamental, trascendente y última. También en este sentido fue amigo de la Ciudad Católica y luchador contra la democracia anegadora de la civilización cristiana. Sus palabras, siempre tan medidas, todavía resueñan en mis oídos: "Sí, también los reinos están llamados a la santidad, mediante unas leyes y una puesta en práctica de las mismas que faciliten a los súbditos la santificación en la colectividad. En reconquistar aquellos fundamentos legales que uno de vosotros llamó acertadísimo *ortodoxia pública*, estriba la labor ineludible del momento. Porque esta santidad colectiva representa el auténtico adelanto y el verdadero progreso de las ciudades, toda vez que les procura la máxima felicidad que como tales les es alcanzable: el máximo bien común".

No soy economista y mi ignorancia sobre las leyes que rigen el desenvolvimiento de esta ciencia es grande. Pero creo que la famosa ley de Gresham, según la cual "la mala moneda desplaza a la buena", debe tener oscuras y siniestras conexiones en muchos ámbitos de nuestro mundo. Hay muchos "cerebros oficiales" sin consistencia, muchas "grandes figuras" que no resisten un asalto con la verdadera sabiduría, muchos "intelectuales arrebatadores" que lo son... pero del *puerto de arrebatacapas*. Frente a tanto sucedáneo hoy lloramos la pérdida de un intelectual auténtico, de un profesor entregado, de un orador de raza, de un católico de una pieza.

En la noche de San Fernando de 1979, Sebastián Mariner me dio la alternativa en un acto en el que yo pronunciaba mis primeras palabras, mi primer discurso, y que cerró él con una intervención —como todas las suyas precisa de texto, cuidada de dicción, medida de gesto y acertada y valiente de contenido— de la que líneas atrás citaba un fragmento. Hoy tengo el honor y la pena de despedirle en nombre de los amigos de la Ciudad Católica. Sebastián goza ya del lugar del consuelo, de la luz y de la paz. Pero vive en el recuerdo de su familia ejemplar, en el de los que nos honramos con su amistad y en su obra bien hecha.

MIGUEL AYUSO